Estética y narcotráfico

Héctor Abad Faciolince

¿Asistimos en Colombia a una narcotización del gusto? Lo primero que a uno se le ocurre es que sí. Pero si se piensa bien por qué la estética mafiosa de la ostentación ha tenido tanto éxito, nos damos cuenta de que tal vez lo que ellos han hecho no es otra cosa que llevar a cabo, realizar a cabalidad los sueños secretos de nuestros ricos a medias. El mafioso pone en acto el mal gusto latente de la burguesía. Ésta, al fin y al cabo, siempre ha querido lo mismo que los mafiosos, y no propiamente bibliotecas, parques, conciertos y museos, sino carros, fincas, cemento, caballos, edificios estridentes, música ruidosa, teléfonos celulares.

No se necesita ser traqueto para tener una estética de nuevo rico. Los ricos por arte de mafia, que se enriquecen de la noche a la mañana, no tienen una estética diferente a la de cualquier nuevo rico. Los nuevos ricos son idénticos en todas partes y además, como Colombia es una sociedad reciente, todos sus ricos son nuevos ricos. Por lo tanto, prácticamente todos tienen muy mal gusto. Quisiéramos que el mal gusto fuera un monopolio cultural de los mafiosos. Qué va. Su mal gusto es un vicio nacional.

Se ha concebido al mafioso como un cuerpo extraño y maligno incrustado en una sociedad sana. También se ha creído que el narcotraficante es quien aporta el mal gusto a una cultura con austeros y decorosos valores estéticos. Ambas ideas son falsas. Si la visión del mundo corrupta y criminal del mafioso ha prendido tan bien en nuestras tierras, si su gusto es imitado por todas las capas sociales, es porque el terreno ético y estético estaba aquí abonado para que su moral y su gusto pelecharan.

Dos gustos son los que han contribuido a crear la estética mafiosa: en lo internacional, el del nuevorrico gringo, en lo local, el del ganadero, que no es otra cosa que un montañero rico. De ahí la juntanza entre caballo de paso, mansión exótica, y convertible rojo. Querer tener aquí fragmentos de Estados Unidos, calcos parciales de Disney World, forma parte de esta tendencia a la exageración. Recibe del gringo nuevorrico el gusto por todo cuanto sea grande, ruidoso y estridente. Se exagera con lo foráneo y eso lleva a una estética de objetos, sobre todo arquitectónicos, puestos aquí solo para sorprender, y totalmente fuera de contexto; lo que no es genuino sino facsimilar: la pagoda china, el castillo medieval, la casa andaluza, el chalet suizo (con su techo ya listo a recibir la nieve de los trópicos).

Lo que los mafiosos hacen es agrandar lo que ya existe. El escapulario del ganadero se convierte en gran cadena de oro con la imagen del Divino niño. La música a toda hora y a todo taco. Las serenatas con trío de mi infancia han sido reemplazadas por serenatas con mariachis. Si los ricos tiraban voladores en diciembre, ellos los tiran (y muchísimos más) cada vez que gana el Nacional o el América. Si los ricos andan en Mercedes, ellos también, sólo que más grande y de modelo más reciente.

El gigantismo, todo grande (el vestier, el mercado, las tajadas de carne, la barriga), la ostentación de la abundancia, el gran volumen. Jamás una biblioteca. Los peluches gigantes (un osito Panda tamaño natural) en el cuarto de las niñas.

Los mafiosos le dieron rienda suelta al mal gusto latente de una burguesía recién urbanizada que si no se ponía grandes cadenas de oro, si no compraba narcotoyota plateada, si no construía casas hollywoodescas al estilo Dinastía, era porque no había podido; no era tan rica y además era avara. La gran riqueza repentina de la mafia permitió la explosión del exhibicionismo del dinero, la ostentación de los objetos, el gigantismo, la estridencia, el apogeo de la plata como valor supremo, que cuando es ganada por puñados y con facilidad, propicia más el derroche, lleva al éxtasis el consumismo más ramplón.

Es cierto, el gusto mafioso parece distinto, parece peor. Es como caricatura o exageración del gusto del burgués. Pero más que una diferencia de calidad hay una diferencia de cantidad. El mal gusto del mafioso es igual al mal gusto general, sólo que el suyo se ve más. Los mafiosos realizan el sueño secreto de casi todo comerciante: poder ostentar. En el hecho de que tienen lo que otros secretamente desean radica la clave de su éxito. Por eso han sido tan admirados y tan mal perseguidos, por eso tienen entrada en la política y en los negocios tradicionales. Por eso a las mejores familias tampoco les ha chocado meterse en el negocio ni aceptar ventajosas alianzas matrimoniales.

Dentro de una o dos generaciones, una vez olvidados los magnicidios, los secuestros y el terrorismo—y con el barniz de Harvard, Oxford y Los Andes—, los pimpollos de exmafiosos serán dueños respetables de las tierras y empresas compradas en estos años de sangre por sus padres.

Tan sólo últimamente, y por contraste, en algunos círculos su influencia estética podría ser beneficiosa: para no confundirse con el mafioso hay quienes han empezado a preocuparse por refinar sus gustos y moderar la tendencia a la ostentación y el exceso. Cuando el gusto mafioso (que no es otra cosa que el gusto burgués exacerbado, llevado al extremo) se convierte en antimodelo estético, se da un paso adelante.

Un paso atrás, en cambio, se da cuando el gusto burgués, exagerado y agrandado por el mafioso, lo vuelve al burgués y éste lo acepta, lo recibe. La propiedad de las fincas en Antioquia sigue una ley pendular: de los ricos tradicionales a los mafiosos, de los mafiosos a los ricos tradicionales. Ninguno de los dos tiene que hacer muchas reformas. Allí quedan las antenas parabólicas, los jakuzis, las pantallas gigantes de televisión y sobre todo el cemento. Mientras estuvieron en manos del narcotráfico, las fincas crecieron en cemento. La pasión por el cemento es típica del gusto mafioso (influencia también americana), pero ahora es también típica del gusto urbano oficial. Se pavimentan los parques. El parque de San Antonio, en Medellín, más que un parque es un parqueadero.

No es que después de veinte años de reinado mafioso su estética (como su ética) haya permeado otras capas de la sociedad, altas y bajas. Sostengo que la estética mafiosa ya estaba latente en nuestros ganaderos y en nuestra burguesía y que lo único que ha hecho el mafioso es devolver magnificado, exagerado, un gusto que ya existía desde antes.

Quiero aludir, finalmente, a la influencia que en dos artes parece haber tenido la cultura del narcotráfico. Me refiero a la pintura y a la literatura. Creo que ciertas figuras sociales creadas por el narcotráfico y cierto gusto mafioso por el lenguaje ha influenciado la literatura; creo además que estética mafiosa del vestuario y del comportamiento ha influido también en la pintura. De lo primero es testimonio la fascinación por el sicario, que también empezó a padecer la literatura. Hay una nueva escuela literaria surgida en Medellín: yo la he denominado la Sicaresca antioqueña. Hemos pasado del sicariato a la sicaresca. Al sicario mismo, inventado por ellos, después lo emplearon, lo siguen empleando otros grupos. Para cobrar, para ajustar cuentas, para secuestrar y también para liberar secuestrados, para asuntos políticos. Y lo ha empleado la literatura como nuevo tipo en relatos a veces buenos, a veces horribles, casi siempre truculentos.

En pintura los narcos tienen también sus astros: hay un segundo Botero, Jorge, que los retrata y en el que se reflejan. Si no me equivoco en lo literario el gusto por la truculencia, y en lo pictórico la pasión por el exceso, serían influencias mafiosas.

Mafioso es palabra italiana. Allá el fenómeno no se limita tampoco a un Import-Export de cocaína. La mafia es una asociación criminal que resuelve extralegalmente (con muertes y amenazas) los conflictos. Su auge llega cuando encuentra la complicidad de autoridades y políticos, es decir cuando se incrusta en una sociedad y en un poder ineficiente y corrupto. Mientras el Estado sea eso, ineficiente y corrupto, los mafiosos seguirán tan campantes, y su gusto terrible (el mismo de antes, pero ampliado, empeorado) acabará por sitiarnos, por envolvernos del todo.

Los hampones literatos

Los asesinos que han escrito la historia de Colombia con tinta de sangre y pluma de plomo, ahora pretenden contarla también a su manera, y con todas sus verdades a medias o sus mentiras enteras, en letras de molde y en papel de imprenta. La historia de Colombia, al menos la que la mayoría de la gente lee, la están escribiendo los bandidos.

¿En qué se han convertido los semáforos de Colombia? En un basurero editorial. A veces en ediciones piratas, a veces respaldadas con el pie de imprenta de editoriales supuestamente serias, firmadas por periodistas de pacotilla o por tinterillos a sueldo, los hampones están dedicados a contar sus fechorías disfrazándolas de hazañas. Y lo más grave es que el público devora esas patrañas con avidez, por esa vieja confianza ingenua en que aquello que se publica bajo forma de libro tiene que ser verdad, o que el que ya no tiene nada que perder lo dirá todo sin ambages, cuando lo cierto es que todas las personas buscan maquillar de moralidad incluso sus fechorías más abominables.

Son libros escritos para lavarse las manos. Y como sus lectores son incultos, en general, no les importa que las justificaciones sean increíbles, ni les sirve de indicio de calidad que la ortografía sea pésima, la redacción disparatada, y la gramática de espanto. Todo forma parte de esa especie de veneración nacional a los violentos que han tenido éxito en su camino pavimentado con muertos. Hay que creerles a los machos que mataron tanto.

Cuando dentro de cien años los estudiosos y los historiadores hagan sus investigaciones bibliográficas sobre los libros publicados en Colombia a finales del siglo XX y principios del XXI, se encontrarán con una gran cantidad de libros, aparentemente testimoniales, escritos por hampones o dictados por éstos a periodistas mercenarios. Verán entonces que estas 'vidas ejemplares' que se nos proponen hoy como lectura popular, eran una especie de santoral invertido, el autoelogio hagiográfico de los delincuentes. Así como Jacopo da Voragine, en el siglo XIII, propuso la leyenda de Santa Marta, Santa Juliana y San Macario, para edificación de los cristianos, aquí se nos proponen hoy las hazañas delictivas de Castaño, Mancuso, Pablo Escobar, el 'Osito' o 'Popeye', para admiración de los colombianos.

No digo que estos libros deban ser prohibidos. Vivimos en un régimen de libertad de expresión. Lo que sí lamento mucho es que sean comprados con voracidad, y se los lea y se los crea como si los hubiera escrito algún iluminado. Mientras el libro de 'Popeye' puede haber vendido en pocos días 15.000 ejemplares, una investigación seria y documentada sobre el asesinato de Galán, la escrita por Fernando Cortés Arévalo, no vende nada, ni la conoce casi nadie.

Se acaba de anunciar también la publicación de la tesis de grado de Gilberto Rodríguez Orejuela. Su tema es la violencia en Colombia en los últimos cincuenta años, y la publicación servirá, al parecer, para pagar los abogados que él y su hermano necesitan en este momento para enfrentar su proceso por narcotráfico en Estados Unidos. ¿Quién se ofrecerá ahora a publicar el libro? ¿Norma, que hizo el de Mancuso (donde la periodista encargada deja que el hombre pase por alto todas sus actividades paramilitares), o la Oveja Negra, esa editorial famosa por haber timado incluso a García Márquez?

Mi Confesión, de Carlos Castaño, firmada por Mauricio Aranguren, ha vendido 110.000 ejemplares. Sin tetas no hay paraíso, un libro del periodista Gustavo Bolívar (que, aclaro, no tiene nada de hampón ni de mafioso), sobre las muchachitas de pago de la mafia, ha sido uno de los más vendidos en Colombia. Y así podría seguir la lista, con el culto sórdido a la vulgaridad y a los hampones o a sus hembras de plástico.

¿Qué libro serio se vende en los semáforos en este momento? Ya no está ni la basura inofensiva de Coelho, desplazado por los mafiosos literatos.

El Mal, y los malos en general, ejercen sobre todos los humanos una especie de estupor fascinante. Las películas sobre Hitler, los estudios sobre su mente perversa, el relato detallado de las atrocidades de Stalin, las sagas hipnóticas de los dictadores latinoamericanos, han sido un material de lectura muy apetecido a nivel mundial. Pero al menos sus historias no las escribieron ellos mismos para justificarse. Supongo que esta fascinación enfermiza no es muy distinta a la que sienten los adeptos a los ritos satánicos. En ambos casos, tal vez, se quiere dominar a los demonios, invocándolos. Tal vez exista la ilusión de que conociendo de cerca el Mal, podamos neutralizarlo, o usarlo contra los enemigos, y salvarnos a nosotros mismos.

Sufrimos de una especie de fascinación por la maldad; le rendimos culto al muy dudoso heroísmo de los asesinos; padecemos el hipnótico encanto de los sicarios, como si sus armas de muerte fueran, en vez de simples balas asesinas, rayos divinos de dominación. Antes había un temor reverencial por sus actos violentos; ahora es peor, ahora se leen con fruición sus palabras.

ABAD FACIOLINCE, Héctor. “Estética y narcotráfico”. En: Revista Número, Separata II-III, Bogotá, 1995.